

y aun se sirven mucho mas de los que están implantados en la quijada inferior, los solos que son de temer en el jabali, pues hiere siempre con ellos.

La puerca, la jabalina y el cerdo castrado tienen asimismo los cuatro dientes caninos en la quijada inferior, pero crecen mucho menos que los del macho, y casi no salen afuera. Además de estos diez y seis dientes, á saber, doce incisivos y cuatro caninos, tienen tambien veinte y ocho muelas, que en todo componen cuarenta y cuatro. El jabali tiene las navajas mayores, el hocico mas fuerte y la cabeza mas larga que el puerco doméstico, y tambien los pies mas abultados, mas separadas las pezuñas, y el pelo siempre negro.

Entre todos los cuadrúpedos, el puerco parece el mas bruto, como si las imperfecciones de la forma influyesen en la indole; pues todas sus propiedades son groseras, todos sus apetitos inmundos, y todas sus sensaciones se reducen á una lujuria desenfrenada y á una glotonería brutal, que le hace devorar indistintamente todo cuanto se le presenta, y hasta sus mismas crias recién nacidas. Es probable que su voracidad nace de la continua urgencia de llenar su enorme estómago; y la grosería de sus apetitos, de la torpeza de sus sentidos del gusto y del tacto.

La aspereza del pelo, la dureza de la piel y lo grueso del lardo hacen que estos animales sientan poco los golpes; y se han visto hospedarse ratones en su lomo y comerles el lardo y la piel, sin que diesen indicios de sentirlo: así pues, su tacto debe sin duda alguna de ser muy torpe, mientras que el gusto no es menos grosero que el tacto; pero al propio tiempo todos los demas sentidos son buenos. Los cazadores no ignoran que el jabali ve, oye y huele de muy lejos, puesto que para sorprenderle les es preciso esperararlo con gran silencio durante la noche y apostarse de cara al viento, para que no lleguen al animal las emanaciones que siente de lejos y siempre con bastante viveza para hacerle torcer inmediatamente de camino.

La imperfeccion en sus sentidos del gusto y del tacto se aumenta aun con cierta enfermedad que los pone leprosos, esto es, casi absolutamente insensibles; y que tal vez no dimana tanto en en primor origen de la textura de la carne ó de la piel del animal, como de la porquería ó asquerosidad que le es propia, y de la corrupcion que debe resultar de los alimentos infectos de que á veces se hinche; pues el jabali, que no tiene semejantes inmundicias para devorar, y que por lo comun se mantiene de semillas, frutas, bellotas y raices, no está su-

jeto á esta enfermedad, ni tampoco el lechoncillo mientras mama. El mejor modo de precaver esta dolencia consiste en mantener al cerdo doméstico en un establo limpio, y darle alimentos sanos en abundancia; en cuyo caso se hará su carne sabrosa y excelente, así como sólido su lardo, con especialidad si se le tiene quince días ó tres semanas antes de matarle (segun lo hemos visto practicar) en un establo empedrado y siempre limpio, sin cama, alimentándole entonces únicamente con trigo puro y seco, y dándole muy poco de beber. A este fin se elige un lechon de un año, que esté de buenas carnes y á medio engordar.

El modo comun de engordar los cochinos consiste en darles abundantemente cebada, bellotas, berzas, legumbres cocidas, y mucha agua mezclada con salvado: de esta suerte se ponen gordos en dos meses, y adquieren abundancia de lardo, pero este no es muy sólido ni blanco, y la carne, aunque buena, es siempre algo insípida. Con menos gasto se les puede engordar en los parajes abundantes de bellota, llevándolos á un bosque durante el otoño cuando las bellotas se caen, y la castaña y el hayuco sueltan aquella su erizo y este su cáscara. Los lechones comen indistintamente toda suerte de frutos silvestres, y engordan en poco tiempo,

sobre todo si al volver por la noche á la pocilga, se les da agua tibia mezclada con un poco de salvado y harina de joyo: esta bebida les hace dormir, y aumenta de tal modo su gordura, que suelen no poder caminar, ni aun moverse despues. En otoño, al tiempo de los primeros frios, engordan mucho asimismo, tanto por la abundancia de los alimentos, como porque entonces la traspiracion es menor que en el verano.

No se espera, como en el demas ganado, á que el cerdo tenga mucha edad para cebarle; pues cuanto mas se envejece, tanto mas difícil se hace, fuera de que su carne no es entonces tan buena. La castracion, que debe preceder siempre, se ejecuta por lo comun á la edad de seis meses, en primavera y otoño, y nunca en tiempo de grandes frios ó calores, porque la curacion de la llaga seria entonces no menos peligrosa que difícil: esta operacion se hace comunmente por incision, aunque tambien suele practicarse por medio de una simple ligadura, segun tenemos dicho hablando de los carneros. Si la castracion se ejecutó en la primavera, se les pone á engordar desde el otoño siguiente; y rara vez se les deja vivir dos años, sin embargo de que crecen todavía mucho en el segundo, y continuarian creciendo durante el tercero,

cuarto y quinto año etc. : así que los que sobrealén entre los demas por la gordura y tamaño de sus cuerpos, son cochinos de mas edad, que estuvieron muchas veces en montanera. Parece que la duracion de su incremento no se ciñe á quatro ó cinco años : los verracos ó puercos sin castrar, que se conservan para propagar la especie, crecen todavía á los cinco ó seis años ; y quanto mas viejo es un jabalí, tanto mayor es, mas duro y mas pesado.

La duracion de la vida del jabalí puede entenderse hasta veinte y cinco ó treinta años (1). Aristóteles da veinte años á los puercos en general ; y añade que los verracos engendran y las puercas paren hasta los quince. Desde la edad de nueve meses ó de un año pueden juntarse ya con fruto, pero es mejor esperar que tengan año y medio ó dos años : el primer parto de la puerca no es numeroso, y los lechoncillos son débiles, y aun imperfectos cuando la madre no tiene un año ; esta se halla en calor, por decirlo así, en todo tiempo, y busca al macho aunque esté llena ; lo cual puede mirarse como esceso entre los animales, pues en casi todas las especies la hembra rechaza al

(1) Véase el Arte de la caza de *du Fouilloux*, Paris, 1614, pág. 57.

macho tan luego como ha concebido ; pero su calor casi continuo se manifiesta sin embargo por accesiones y movimientos immoderados que finalizan siempre por revolcarse en los cenugales : durante este tiempo le fluye una sustancia blanquecina, bastante espesa y abundante. Su gestacion dura quatro meses, al quinto pare, y en breve vuelve á buscar al macho ; concibe segunda vez, y produce por consiguiente dos veces al año. La jabalina, muy semejante en todo lo demas á la puerca, no pare sino una vez al año, verosímilmente por falta de alimento, y por la necesidad de dar de mamar mucho tiempo á todos los jabatillos que ha parido ; en vez de que no se deja criar todos sus hijos á la puerca doméstica mas de quinze dias ó tres semanas, á cuyo tiempo se le dejan solamente ocho ó nueve para que los crie, quitándosele los demas, que se venden para comerlos ; y como no se necesitan muchas hembras, mientras que los machos castrados son los que dejan mas utilidad y cuya carne es mejor, se venden los cochinitillos de leche hembras, no dejando á la madre mas que dos hembras con siete ú ocho machos.

El verraco que se elige para propagar la especie, debe ser corto de cuerpo, recogido, y antes cuadrado que largo, abultada su cabeza,

el hocico pequeño y chato, las orejas grandes y caídas, los ojos pequeños y fogosos, el pescuezo grande y recio, la barriga baja, anchas las ancas, las piernas cortas y gruesas, y las cerdas espesas y negras, porque los cochinos blancos nunca son tan fuertes como los negros: la puerca debe tener el cuerpo largo, ancha y dilatada barriga, y las tetas largas; siendo no menos necesario que sea de tranquilo natural y fecunda raza. Luego que ha concebido, se la separa del macho, que podría lastimarla; y cuando pare, se la alimenta con abundancia, se está á la vista para que no devore alguna de sus crias, y se tiene gran cuidado de alejar al padre, que las trataría aun con menos miramiento. Echase el verraco á la puerca á principios de la primavera, á fin de que naciendo los lechoncillos en el verano, tengan tiempo de crecer, fortalecerse y engordar antes del invierno; pero cuando se quiere que produzca dos veces al año, se la da al macho por el mes de noviembre, á fin de que para en el de marzo, y se la vuelve á dar desde principios de mayo. Hay puercas que producen regularmente cada cinco meses. La jabalina, que, segun tenemos dicho ya, no produce mas que una vez al año, recibe el macho en los meses de enero ó febrero, y pare en mayo ó junio; da de mamar á sus hijos por espacio de

cuatro ó cinco meses; los conduce, los sigue, y los obliga á que no se separen ni estravien hasta que tienen dos ó tres años; de suerte, que frecuentemente se ven jabalinas acompañadas á un mismo tiempo de las crias de aquel año y los hijos del año anterior. Por lo que toca á la puerca doméstica, no se permite que alimente los lechones mas de dos meses, y aun al cabo de tres semanas se empieza á llevarlos al campo con la madre, para que se acostumbren á sustentarse como ella: cinco semanas despues se los quitan, y les dan por mañana y tarde suero mezclado con salvado, ó solamente agua tibia con legumbres cocidas.

Estos animales gustan mucho de lombrices y de ciertas raíces, como las de zanahoria silvestre; y para hallar aquellas y estas mueven y levantan la tierra con el hocico. El jabali, cuya cabeza es mas larga y fuerte que la del puerco, hozas mas profundamente, y casi siempre formando un surco en línea recta; en vez de que el puerco hozas á una y otra parte y mas superficialmente. Es necesario, pues, alejarle al cerdo de todo terreno cultivado, respecto del mucho daño que hace, y no llevarle sino á los bosques y á las tierras que se dejan descansar.

En términos de montería se llama *escuderos* á los jabalies que no pasan de tres años, porque

hasta dicha edad no se apartan unos de otros, y siguen todos á su madre comun, de la cual no se separan hasta tener bastante fuerza para defenderse de los lobos. De ahí es que forman especies de compañías, de que depende su seguridad; pues cuando son acometidos, resisten por su número, y se defienden y socorren, haciendo frente, estrechándose los mayores unos contra otros, en círculo, y poniendo en el centro los mas pequeños. Los lechones domésticos se defienden tambien del mismo modo, de suerte que no se necesitan perros para guardarlos; pero como son indóciles y testarudos, casi no puede un hombre guardar mas de cincuenta, por muy robusto y ágil que sea. En otoño y en invierno se les conduce á los bosques donde hay abundancia de frutas silvestres; por el verano á parajes húmedos y pantanosos, en que hallan toda suerte de lombrices y raices; y en la primavera se les deja ir á los campos y á las tierras baldías. Desde el mes de marzo hasta el de octubre se les saca dos veces al dia, y se les deja pacer por la mañana desde que se ha disipado el rocío hasta las diez, y por la tarde desde las dos hasta la noche; pero en invierno no se les deja sacar mas de una vez al dia y en tiempo sereno, respecto de que les dañan el rocío, la nieve y la lluvia. Cuando sobreviene alguna

borrasca, ó bien tan solamente alguna lluvia muy abundante, es bastante comun ver desertar la piara unos tras otros, y correr gruñiendo siempre hasta la puerta de sus establos: los mas jóvenes son los que mas y mas alto gritan; y esa voz, distinta de su gruñido ordinario, consiste en un grito doloroso semejante á los primeros que dan cuando los atan para degollarlos. El macho gruñe menos que la hembra; y rara vez se oye gruñir al jabalí sino cuando está riñendo y otro le hiere; la jabalina gruñe con mas frecuencia, y cuando se hallan sorprendidos y espantados de repente, dan unos resoplidos tan violentos que se les oye desde muy lejos.

Estos animales no acometen ni devoran á los demas, como los lobos, sin embargo de lo muy glotonos que son: es verdad que á veces comen carne corrompida, de suerte que se ha visto á algunos jabalíes comer carne de caballo, y nosotros hemos hallado en su estómago piel de corzo y piernas de pájaros; pero no seria extraño que esto fuese mas bien efecto de la necesidad que del instinto. Con todo, no puede negarse que apetecen con ansia la sangre y carne fresca y ensangrentada, puesto que los lechones domésticos comen sus crías, no menos que los niños de cuna; y cuando encuentran alguna cosa jugosa, húmeda, crasa y untuosa, desde luego

principian por lamerla, y acaban por devorarla. Yo he visto muchas veces pararse una piara de estos animales, que volvan del campo, al rededor de un monton de greda sacada recientemente, lamerla todos sin embargo de que apenas tenia una ligera crasitud, y aun comer algunos gran porcion de ella. Su glotoneria es tan grosera, como brutal su índole, mientras que carecen de toda sensacion bien distinta; puesto que los hijos apenas conocen á su madre, ó por lo menos se equivocan con facilidad, y van á mamar á la primera puerca que se lo permite. El temor y la necesidad parece que influyen alguna mayor sensibilidad é instinto á los puercos silvestres ó jabalies; de suerte, que sus hijos tienen mas amor á la madre, la cual tambien atiende mas á las necesidades de sus jabatillos que la puerca doméstica. Cuando el macho está en calor busca la hembra, la sigue, y suele acompañarla treinta dias en los bosques mas espesos y solitarios: entonces es mas feroz que nunca, y se pone furioso cuando otro macho quiere ocupar su puesto, con cuyo motivo riñen, se hieren, y á veces se matan. En cuanto á la jabalina, solo se enfurece cuando atacan á sus hijos; y por regla general, en casi todos los animales silvestres el macho es mas ó menos feroz cuando busca la hembra, y esta cuando está parida.

La caza del jabalí se hace á fuerza abierta, con perros, ó bien matándolos por sorpresa durante la noche y á la claridad de la luna: pero como su fuga es lenta, y deja además un fuerte berrenchin por donde pasa, mientras que se defiende de los perros, hiriéndolos siempre de peligro; de ahí es que no conviene hacer esta caza con buenos podencos, destinados para la caza de ciervos y corzos, respecto de que les echaria á perder el olfato, y los acostumbraria á correr con lentitud. Unos buenos mastines, enseñados medianamente, bastan para la caza de jabalies. Solo se deben atacar los mas viejos, á los cuales se conoce fácilmente en las huellas; un jabalí de tres años es difícil de forzar, porque corre hasta mucha distancia sin detenerse, en vez de que los jabalies de mas edad no huyen lejos, se dejan perseguir de cerca, no temen mucho á los perros, y suelen con frecuencia detenerse para hacerles frente. De día se mantienen ordinariamente en sus querencias hácia lo mas espeso del monte, de donde salen por la noche á buscar su alimento; y cuando están los granos en sazón por el verano, es bastante fácil sorprenderlos en los trigos y avenas, donde acuden todas las noches. Luego que el jabalí esta muerto, tienen los cazadores gran cuidado de cortarle los testículos, cuyo olor es tan fuerte que lo con-

trae toda la carne si se les deja solamente cinco ó seis horas en el animal; pero por otra parte, si el jabali es viejo, nada tiene bueno sino la cabeza, en vez de que toda la carne del jabato y del jabatillo que no pasa de un año, es delicada y aun bastante fina. La del verraco, ó puerco doméstico macho, es todavía peor que la del jabali, y solo la castracion y el cebo la hacen buena. Los antiguos (1) acostumbraban castrar todos los jabatos que podian quitar á la madre, y hecha esta operacion, los volvian á los bosques: estos jabalies castrados crecen mucho mas que los otros, y su carne es mejor que la de los puercos domésticos.

Conocidas son de cualquiera las utilidades que se sacan del cerdo, por poco que se haya habitado en el campo: su carne se vende con poca diferencia como la de vaca, y el lardo á duplicado y aun á triplicado precio: la sangre, los intestinos, las entrañas, los pies y la lengua se preparan y comen; y su estiércol es mas frio que el de los demas animales, y solo se debe usar para las tierras demasiado calientes y secas. La manteca de puerco se hace de la grasa de los intestinos y del epiploon ó redaño, que es diferente del lardo; la piel tiene asimismo sus usos para

(1) Véase *Arist. Hist. animal.* lib. VI, cap. XXVIII.

hacer cribas, así como se hacen brochas, cepillos y bruzas con las cerdas; y su carne toma mejor el salitre y la sal, y salada se conserva mas tiempo que otra ninguna.

Aunque abundante esta especie y muy extendida por Europa, Africa y Asia, no se encontró sin embargo en el nuevo Mundo, donde fué trasportada por los Españoles, que llevaron cerdos negros al continente y á casi todas las islas grandes de América. Su multiplicacion fue desde entonces progresando, y se hicieron silvestres en muchos parajes, y parecidos á nuestros jabalies en tener el cuerpo mas corto, la cabeza mayor y la piel mas gruesa (1) que los lechones domésticos, los cuales son siempre negros en los climas cálidos de la misma suerte que los jabalies.

Los Mahometanos, por efecto de una de aquellas preocupaciones ridiculas que solo deben su existencia á la supersticion, se han privado de este animal útil, no atreviéndose á comer de él, ni aun tocarle desde que se les dijo que era inmundo. Pero los Chinos, al contrario, gustan mucho de la carne de este animal, y crian piaras numerosas, de que hacen su alimento ordinario; de suerte, que se asegura haber sido este un obs-

(1) Véase la *Historia general de las Antillas*, por el P. du Tertre, Paris, 1667, tom. II, pág. 295.

táculo para recibir la ley de Mahoma. Los cerdos de la China, de cuya especie son los de Siam y de la India, se diferencian algo de los de Europa, en cuanto son mas pequeños y tienen las piernas mas cortas, mientras que su carne es mas blanca y delicada: esa raza es conocida en Francia, y algunas personas tienen cria de ella porque se mezclan y producen con la comun. Los Negros crían asimismo gran cantidad de lechones; y no obstante de que entre los Moros hay pocos, igualmente que en todos los países habitados por Mahometanos, se encuentra tanta abundancia de jabalíes en Asia y Africa, como en Europa.

Así pues, todos los países son indiferentes para el cerdo; y solamente parece que el jabalí, vuelto animal doméstico en las regiones frias, ha degenerado mas que en los países cálidos. Un grado mas ó menos de calor basta para mudar el color de la piel y de sus cerdas; las cerdas de las provincias septentrionales de Francia y lo propio los del Vivarés son ordinariamente blancos ó jaros, siendo así que en la provincia del Delfinado, que está muy cercana, todos son negros; y los de Languedoc, de Provenza, de España, de Italia, de la India, de la China y de la América, son todos de este último color. El cerdo de Siam semeja al jabalí mas que el de Francia. Una

de las señales mas evidentes de degeneracion son las orejas, las cuales son tanto mas flexibles, blandas y caídas, quanto el animal ha padecido mas alteracion, ó si se quiere, ha sido mas amansado por la educacion y por el estado de domesticidad, y efectivamente vemos que el cerdo doméstico las tiene mucho menos tiesas, y mas largas y caídas que el jabalí, al cual debe sin duda alguna mirarse como el modelo de la especie.

Nada tengo que añadir á los hechos históricos que he referido sobre la raza de nuestros cerdos de Europa, de Siam y de la China, que se mezclan todos, y solo forman por consiguiente una sola y única especie, aunque la raza de los cerdos de Europa es considerablemente mayor que la otra por su grueso y corpulencia. Todavía pudiera serlo mas si se dejase vivir á estos animales mayor y mas largo tiempo en su estado de domesticidad. Colinson, individuo de la Sociedad Real de Lóndres, me ha escrito que un cerdo cebado por orden de José Leastarm, y muerto por el cortador Meck, en Coughton de Chester-Shire, pesó ochocientas cincuenta libras (*), á

(*) En el Real Gabinete de Madrid existe disecado un cerdo que crió y regaló un Eclesiástico de la

saber, un lado de la canal trescientas trece libras, el otro lado trescientas catorce, y la cabeza, el espinazo, las mantecas, los intestinos, etc., doscientas veinte y tres libras(1).

.....

EL CERDO DE SIAM Ó DE LA CHINA.

La especie del cerdo, según tenemos dicho ya, es una de las que se hallan más universalmente extendidas. Cook y Forster la hallaron en las islas de la Sociedad, en las Marquesas, en las islas de los Amigos y en las nuevas Hébridas. «No hay, dicen, en todas esas islas del mar del Sur sino dos especies de animales domésticos: el cerdo y el perro. La raza de los primeros es la de la China (ó de Siam), de cuerpo y piernas cortas, barriga que cae hasta el suelo, orejas tiesas y muy pocas cerdas. Jamás he comido, dice Forster, carne tan jugosa, ni tocino de tan buen

ciudad de Ubeda, y que pesó 42 arrobas, que hacen 1050 libras.

NOTA DE D. JOSÉ CLAVIJO.

(1) Carta de Colinson á Mr. de Buffon. Londres, 30 de enero de 1767.

gusto; no pudiendo atribuirse estas calidades sino á la excelencia del pasto que se les da, y consiste especialmente en fruta fresca del árbol del pan, en la pasta fermentada de la misma fruta, etc. En las islas de la Sociedad hay muchedumbre de estos cerdos, y se ven por las inmediaciones de casi todas las cabañas.... Asimismo abundan en las islas Marquesas y en la de Amsterdam, que es una de las islas de los Amigos; pero son más escasos en las occidentales de las nuevas Hébridas. »

.....

EL CERDO DE GUINEA.

Sus Guineensis. BRISS.

Sin embargo de que este animal difiere del cerdo comun por algunos caracteres harto notables, presumo con todo que pertenece á la misma especie, y que estas diferencias no son otra cosa más que simples variedades producidas por la influencia del clima. Tenemos un ejemplo de esto en el cerdo de Siam, tan distinto del de Europa, y que no por esto pertenece menos á la misma especie, supuesto que se mezclan y engendran por su union. El cerdo de